

UNA CRISIS PARA UNAS ELECCIONES

SEA cuando sea el cambio en el Gobierno y sean cuales sean su volumen y contenido, puede asegurarse que no van a cambiar sustancialmente las insatisfactorias condiciones en que se desenvuelve el actual Ejecutivo Socialista, salvo quizá en relación con los pleitos internos del propio Gabinete y los cada día más numerosos de su familia política: partido *versus* sindicato; ejecutiva nacional *versus* organizaciones regionales; autonomía de las «bases» frente al vigente centralismo democrático de los aparatos, etc.



ANTONIO

FONTÁN

Acabo de decir que la situación actual del Gobierno es insatisfactoria, pero no ya para él, sino para el conjunto de la nación. El corcel del desempleo sigue disparado. Alguna vez puede exhibirse el magro consuelo de que «se confirma una tendencia a la *desaceleración* del incremento del paro, que no se debe toda ella tan sólo a coyunturas estacionales», o la curiosa declaración de que existe en grandes proporciones un empleo —o subempleo— clandestino. En la lucha contra la inflación las lanzas de trocaron en cañas, y los expertos no creen ya en que se pueda lograr el objetivo oficial de reducirla si no a la media de los países industriales de la CEE, por lo menos rebajarla a un dígito, aunque sea con decimales, en el año 85.

A los problemas económicos se unen otros también de índole social. No quiero mencionar ni los brutales latigazos del terrorismo, respecto del cual el Ejecutivo hace lo que puede, ha logrado algunos éxitos y ningún otro Gobierno hubiera avanzado más en los órdenes de la represión y de la prevención, ni siquiera de la llamada inseguridad ciudadana o manifestaciones de criminalidad común. Porque en esos dos órdenes de cuestiones influyen factores como la crisis económica y el desempleo juvenil, junto con el coeficiente que podría llamarse el coste de la libertad.

Pero sí considero un enojoso e innecesario problema, cercado por razones políticas y por factores de este orden, la «guerra de las instituciones o aparatos del estado»: los brotes de indisciplina en las fuerzas de seguridad con la desmoralización que inevitablemente generan, las tensiones entre la Policía y la Magistratura, con algunos fiscales, además, terciando; el desencuadernamiento de la administración; fruto de las contradicciones entre unas estructuras naturalmente jerárquicas o piramidales y las imposibles horizontalidades en materia de retribuciones o por vías pseudosindicalistas.

También es una materia política grave en donde está fracasando el Gobierno Socialista casi todo lo relacionado con la educación. Las distintas secciones de la enseñanza, sin ser compartimentos estancos requieren ciertas cribas o procesos de selección para pasar de unas a otras. Porque la «formación profesional» no haya sido capaz de interesar a los jóvenes adolescentes ni a sus padres, no se debe cerrar en falso una herida real.

Al lado de estos problemas, que es seguro que no serán afectados por el reajuste gubernamental, palidecen otros temas menores que quizá sean abordados en él. Por ejemplo, parece que Obras Públicas y Economía sostienen tesis incompatibles acerca del destino de unas autopistas de peaje que obtienen beneficios y cuya titularidad, a consecuencia de la crisis bancaria, ha venido a caer en el Fondo de Garantía de Depósitos.

Pero se extiende la impresión de que entre las cuestiones políticas, las que más influyan en la «crisis», han de ser las de más previsible repercusión electoral.

EL Gobierno actual asienta su poder, en cuanto a legitimidad y a efectividad, principalmente sobre tres pies. El primero es la inercia de los diez millones de votos del 82. Es posible que muchos de ellos estén ahora perdidos para los socialistas: pero es porque todavía estamos en un momento interelectoral. Una fuerza de izquierda nada extremosa ni extremista, bien organizada y sagazmente dirigida, puede recobrar muchos de esos sufragios perdidos por las dos vías del «voto útil» de los electores de babor y por el «voto contra» las derechas o contra ciertas derechas, que existe entre unos centenares de miles de españoles para quienes esas derechas evocan un pasado del que no quieren saber nada, aunque en muchos casos, mientras duró, no se enfrentaran con él.

El segundo pie es la insuficiencia de la oposición para muchas personas que la apoyarían si estuviera «más centrada», a la manera de la vieja UCD.

El tercero, en fin, es el de la iniciativa informativa que siempre tienen los gobiernos, reforzada en nuestro caso actual por la manipulada inundación televisiva y la constante dedicación a sacar trapos sucios, o a presentar como tales lienzos limpios, que se cultiva en algunos medios en relación con sectores o clases sociales de las que tradicionalmente se consideran dirigentes.

Para consolidar el primero de los tres pies —el de los votos—, tras el previsible revés de Galicia, los socialistas tienen que poner todo el énfasis de que sean capaces sobre los otros dos.

Por ejemplo, añadiendo al «OTAN, de entrada no», un «OTAN, de salida tampoco»; sustituyendo la disyunción por la cópula y transformando el dilema «o bases u OTAN» en la doble afirmación de «bases sí, OTAN también»; preparándose, en fin, para ofrecer un millón y medio de puestos de trabajo en el cuatrienio próximo para cumplir con los ochocientos mil de éste de ahora y sumarles una cantidad equivalente en el próximo.

Hasta aquí, un compendio de algunos de los temas que van a determinar que en el paso de la situación interelectoral a la preelectoral haya unos cambios de gobierno con vistas a influir en unas votaciones.